

11:00 a. m.

Diana Elisa Arango Tobón

Antropóloga, olfatoactivo@gmail.com

I

Hace dos días no siento las piernas, no me había dado cuenta de que están próximas a cumplirse dos noches y vendrá mi tercer amanecer sin moverme de este sofá. He comido un par de chucherías que están en la mesa, pero me pregunto ¿Por qué no extraño el movimiento de mis extremidades? En dos días no me percaté ni por simple reflejo de mi inmovilidad, no me paré ni a la cocina, la pieza, el jardín o el baño, ¡El baño... dios!, qué asco. ¿Cómo he podido pasar dos días sin sentir la necesidad de ir al baño? Ha sido relativamente fácil ignorar mi propia mierda: que como la mierda del mundo es acumulativa, silenciosa, destructora y, sobre todo, naturalizada.

Tengo latentes pocas imágenes previas a mi despertar, segundo a segundo exhiben violencia, agresividad, intolerancia, muerte a manos de quienes se creen dueños de la vida, las calles ardiendo, la escasez, el hambre, la pérdida... las heridas que nunca sanarán. La opulencia, lo perfecto, la vida como algo negociable en burbujas que de realidad solo tienen un pequeño meme. Me siento impotente: la filigrana del poder, las relaciones por interés, sus tensiones y negociaciones, lo perdurable que parece este desesperanzador presente, la frustración al cambio que nunca llega. Quiero quemarlo todo con el miedo latente de salir y encontrarme de pronto en algún lugar inhóspito, perdido, sin ropa interior, sabiendo que la violencia ha penetrado en lo más profundo... y no volver jamás.

Con rabia me esfuerzo sobre mis brazos para mover todo mi cuerpo y despojarme de este *sleeping* rojo lleno de migajas y mierda. Me dejo caer al piso, me arrastro hasta la mesa, tiro todo lo que está encima: la rabia y la suciedad me sobrepasan. Camino sobre los puños de las manos como si fuera un reptil, maldigo esta casa de madera que cruje a más no poder, entro al

baño, logro como puedo subirme al inodoro, cago sin saber que lo hago, me limpio dos, tres veces, hasta sentir un no sé qué con el que me conformo.

Pienso unos segundos que han sido horas, ¿qué voy a hacer ahora, que no puedo siquiera levantarme por mí mismo? Antes podía enviar los pendientes con una rapidez obsesiva, limpiar la cocina mientras me cepillaba los dientes, correr de un lado a otro de la casa ordenando, mojando las plantas, botando la basura, haciendo un *check* a los pequeños pendientes, todo al tiempo, todo rápidamente, en una carrera por el placer de tener todo bajo control y por sentir que había algo realizado y concluido en mi vida. ¿Qué haré ahora que todo me toma el triple del tiempo? ¿Qué haré si necesito resolver lo simple, lo inmediato, lo urgente en este instante veloz y no lo consigo?

Lo primero que tendría que hacer es subir al segundo piso por la ropa, por lo básico que está en mi cuarto, porque quedarme desnudo y sucio en medio de este frío solo empeoraría todo.

II

Subir hasta aquí me tomó demasiado tiempo. Decido tirarlo todo por las escaleras: es la forma más rápida y efectiva de no tener que subir en varios días a este lugar lejano, que ahora es toda una travesía para mí, un segundo piso por el que antes corría, saltaba, subía en sentadillas en cuestión de segundos. Me muevo al ritmo que mis brazos cansados me lo permiten y lo tiro todo, todo rueda por las escaleras y poco a poco se va generando un tumulto de cosas; ropas, frascos, libros... todo abierto, todo desparramado. No sé si todo lo que está ahí abajo es lo necesario o fue producto de la rabia empecinada de no entender por qué putas no se mueven mis piernas. Bajo tomándome de las barandas, ahora sin saber manejar mi cuerpo, me tropiezo, me alegro por la gravedad que lo acelera todo, ruedo un par de escalas, doy vueltas y me recibe el tumulto.

Ahora soy yo o medio yo y todo este montón de cosas en el suelo. Mi deseo de estar limpio se ha deshecho con el dolor de espalda de haber caído sobre algo duro que remató mi dolor de brazos. Me quedo dormido tal como caí, ahora la mierda que estaba en mí, está esparcida por el piso de la casa.

III

Ahora me pregunto por qué he olvidado tanto, por qué hablo de tres días, si en realidad no sé cuántos han pasado, no recuerdo a quién podría llamar ¿Siempre he sido tan miserablemente solo? Es como si de la nada hubiera despertado de un estado de somnolencia pura donde nada, ni yo mismo, me hubiera importado y de la nada me molestara y cuestionara cada gesto cotidiano que siempre me ha rodeado.

No me importo, ¿qué he hecho yo siendo yo, si no lo era? Si siento que apenas estoy naciendo, sin memoria, paralizado, perdido, pero con una gran turbulencia mental. Vuelvo a lo simple: huelo mal, tengo hambre, ahora el dolor del estómago es un acto consciente que me dice que debo alimentarme y no solo comer las basuras que ahora se comen las cucarachas. Empieza a movilizarse en mí sin importar lo temprano de la mañana el antiguo y siempre placentero deseo de controlarlo todo de nuevo, de tener la satisfacción de que todo está listo y que el caos de este sueño ha desaparecido, pero es imposible, no me muevo, no tengo pies, la desesperación se come mis minutos y rompo en llanto.

IV

Después de subir y bajar en pensamientos y sensaciones me incorporo. Camino en mis manos hasta la cocina y tumbo una silla para alcanzar una olla y preparar café, hago todo despacio con la certeza de que podré respirar y beber algo tranquilo, de que en la temperatura de una bebida caliente tendré un poco de calma. Bebo el café tumbado en el piso y uso mi deseo de control para animarme a hacer algo. Por fin, siento que es la primera vez, no sé en cuánto tiempo, que algo realmente me motiva, pero ¿Qué es? Solo una agitación en el pecho llena de ansiedad, un deseo de cambio que es movimiento. No sé qué pasará después de bañarme y limpiar la casa, siento que hasta ahora es mi meta más cercana, mi noción de futuro más viva.

Doblo el tumulto en el que dormí anoche, ordeno las cosas en el suelo al lado de las escaleras, limpio la comida regada en la sala y mato las cucarachas que ya hacían nido. Respiro asombrado por lo que creo es el paso del tiempo, todo cuánto he tardado, de lo cansado que estoy y de las heridas que se avecinan en mis puños. Entro a la ducha como puedo y me esfuerzo mucho para abrir la canilla, lejana, resbalosa, solo consigo sentir agua fría y enjabonarme con el jabón de manos que es el único que logro alcanzar. Sin dejar de correr el agua, me limpio pacientemente cada rincón de mi cuerpo, las siluetas que se han ampliado, los vellos que han crecido, todos los signos del tiempo y la inmovilidad que se han incrustado en mi cuerpo.

V

La casa que observo está muerta, ausente, lo único bello y siempre caduco son los rayos de sol de la mañana entre las 11:00 a. m. y las 11:30 a. m. No me muevo, querré decir que mis pies ausentes no se mueven en esta casa estática que soy yo, en la incertidumbre, en la pérdida, en lo insoportable de saberse sin futuro y en la imposibilidad de mí mismo. Me pregunto si en un día corriente de esos que no recuerdo, no sería lo mismo que hoy soy: el fracaso avecinándose, la insoportable presencia propia deshecha por el agotamiento, el no saber qué y cómo hacer lo cotidiano... el autosabotaje.

En medio del baño encuentro una textura diferente en mi cadera, me miro la mano y encuentro sangre, me alzo un poco para cerrar el grifo y me resbalo, caigo sobre mis nalgas y el dolor me alarma, es intenso, es caliente, procuro sentarme en el inodoro y secarme para saber qué le pasa al cuerpo medio vivo que tengo. Terminó con la toalla manchada, parece ser una llaga que podría ser del tamaño de mi mano, ahora solo siento un dolor punzante. Decido buscar alcohol y una camisa limpia. Salgo del baño, me tumbo boca abajo en el corredor, donde justo entra ese único rayito de sol que empieza a desvanecerse y en una pequeña maroma de contorsionista, me tiro encima medio tarro de alcohol sobre la expuesta llaga y me pongo la camisa también empapada para que pare el sangrado. No siento el ardor, recuesto mi cabeza sobre mis brazos esperando que el punzante dolor pare. Ahora veo las noches y los sueños que se avecinan en estas tablas crujientes.

VI

Hace dos días no siento las piernas, no me había dado cuenta de que están próximas a cumplirse dos noches y vendrá mi tercer amanecer sin moverme de estas tablas, que ahora siento cómodas. Ya no extraño la movilidad natural de mis extremidades, sé que no son dos días y que cada vez es menos fácil ignorar mi propia mierda y la acumulativa, silenciosa, destructora y, sobre todo, naturalizada mierda humana.

Tengo latentes pocas imágenes previas a mi despertar, mucha turbulencia por un deseo marchito que no logro verbalizar, mucha quietud por el paso de la muerte que se siente viva en el cuerpo propio, mucha humanidad en este caos, en este error, en esta frustración. Estoy cada vez menos vivo, haciendo lo poco que puedo, encontrándome con el cansancio, la desesperanza, el sin retorno, el no futuro y, sobre todas las cosas, el sin sentido. Cada vez más puedo ver sobre mí tantas imágenes dolorosas que confirman mi ostracismo y quietud ¿Es mi inmovilidad un efecto del despertar? He creído en mi inmovilidad, ¿acaso ese ha sido mi error? Nunca antes había tenido esta sensación de un presente tan pasivamente confuso, ¿cómo equiparar las contraposiciones entre mi cuerpo y mi mente, la turbulencia y la quietud?

¿De dónde he aprendido a preguntar?

¿Es preguntar o dudar?

¿Es dudar o confrontar?

¿Es confrontar o luchar?

Ruedo en las tablas para ponerme boca arriba y estirarme un poco, la herida ya no está abierta, levanto la mirada y me percató de que inician las 11:00 a. m. y que comienza a formarse la entrada del rayo de sol. La luz y el calor como expresión de vida son los que me han mantenido vivo en medio de estos delirios tan lúcidos. Nada es un sueño, no es una mentira aquello que he vivido, aquello que cada vez es más claro en mi pensamiento, hay tanto agotamiento, tanta agonía, tantas preguntas, que simplemente existir inmóvil, con o sin pies, con o sin sueños, limpio o no, la sola capacidad de estar ante lo hermoso y simple de este rayo me hace dar cuenta de que solo tengo media hora para imaginar un futuro mejor, si acaso tengo alguno. ■



